

Maquiavelo, su tiempo y su gloria

José María Martinelli

UN TIEMPO EXCEPCIONAL

Al tiempo que Maquiavelo escribía en su exilio *El Príncipe*, Leonardo da Vinci concluía su obra maestra *La Gioconda*, comenzada hacia 1506, al igual que otra de gran dimensión y única pintura con tema bélico, *La batalla de Anghiari*, hoy en proceso de recuperación. Para la realización de este fresco Leonardo recibió asesoría de Maquiavelo acerca de la guerra. ¿Qué une a estos dos hombres? Dueños de un tiempo excepcional, recogen y enriquecen el pasado florentino, cincelan un presente de cambios históricos notables, multifacéticos transitan al arte y la política, registran la historia confiriéndole futuro en dimensión imperecedera: sencilla y profundamente humana.

La reunión de dos espíritus mayores en la historia de la humanidad que, como pocos, logran reunir planos fundamentales para el buen vivir: arte, ciencia y política, también amor. La observación y recreamiento de la naturaleza no se detiene en la relación de causalidad, buscan la profundidad de la idea en aspiración del ideal. La sensualidad de las formas humanas se trasladan a la arquitectura: la cúpula de la Basílica de San Pedro antes fue cúpula.

La expropiación de los dioses antiguos que realizó el cristianismo empobreció el imaginario medieval. Maquiavelo revirtió esta situación al conferirle al príncipe el poder del reino. El desmembramiento de la cristiandad corre paralelo al derrumbe del mundo feudal. Sin embargo, cabe despejar dudas, aquél fue un honesto creyente y, en relación con el principado eclesiástico dirá: “Es inasequible a la mente humana”. El veto de la Iglesia Católica a su obra proviene de su cuestionamiento al poder militar del papado, incapaz y

de hecho, un obstáculo a la unificación italiana, caro anhelo de Maquiavelo. A propósito de esto, como un mensaje a los realistas propiciantes del pragmatismo político, con la celebración del Concordato en 1929 entre el reino fascista y la iglesia católica, se propicia el reconocimiento del Estado Vaticano, con sede en la ciudad de Roma.

La reunión de ciencia y arte en estos tiempos era una necesidad propia de hombres que debían justificar la centralidad humana frente al agotado teocentrismo. Los dibujos anatómicos de Leonardo son una prueba de ello, entre otros aportes. El caso de Maquiavelo no resulta tan evidente; sin embargo, piensa la realización de la política en un entrecruzamiento de poder disputado entre el príncipe, los nobles y el pueblo; a partir de lo dicho diseña lineamientos conducentes a la organización del Estado Nación, con base territorial unitaria; es una arquitecturización compleja, que linda con los desafíos artísticos de mayor envergadura, sólo que presentado en un plano diferente, el político.

MAQUIAVELO: VOLUNTAD DE ORDEN

¿Qué decir que no se haya escrito sobre Maquiavelo y *El Príncipe*? En todo caso, abrir la propia reflexión con base en la experiencia docente en cursos, conferencias y lecturas sobre el florentino; más que un despliegue de erudición vana, en un esfuerzo intelectual de interpretación, ¿Otro más? Sí, necesariamente otro más, en tanto la recreación de *El Príncipe* es la recreación de la política de un tiempo que se vive y trata de cambiarse; propósito explícito de estas líneas.

A su mala fortuna histórica hay que sumar la interpretación vulgarizada de su obra; leída por nobles y plebeyos

predomina la idea de un Maquiavelo “príncipe del terror”; aquella que hace de nuestro autor un desalmado que no trepida en medios criminales para detentar el poder. Si por ello fuera poco, la conducta de gobernantes inmorales que no sirven al pueblo dice basarse en *El Príncipe* para justificar sus fechorías. Por otra parte, no cabe negar que hay líneas de Maquiavelo que se leen con horror; los realistas políticos tienen algo de crueldad que saben disimular con una retórica encubridora; no es precisamente el caso de Maquiavelo. ¿Se puede argumentar que el logro de un ideal político es una tarea pura? Al menos intentarlo; con seguridad que el polifacetismo de lo real mostrará los rostros nobles, también los perversos.

Ciertamente, en la vida de Maquiavelo hay méritos innegables. Junto a Jean Bodion se lo considera fundador de la ciencia política; es decir, lograr que ésta se justifique por su propio método al deslindarse de la filosofía y la moral, también del aprisionamiento ideológico que representaba la teología en la declinante Baja Edad Media. Esto no significa que Maquiavelo carezca de ética; uno de sus aportes es haber terrenalizado la política, sustraída a los dioses se vuelve cuestión de hombres reales no mandatados por la divinidad. Ello configura un avance histórico.

Aunque propiamente Maquiavelo es un republicano, en *El Príncipe* impulsa la monarquía absoluta; las circunstancias de una Italia fragmentada e invadida por ejércitos extranjeros justifican tal impulso que difiere de su posición en el otro libro escrito en paralelo con su opúsculo clásico, se trata de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. El alcance estratégico de *El Príncipe* no coincide con la valoración de obra de coyuntura que le asignaba el autor, un trabajo escrito para circunstancias históricas determinadas. Una pregunta que el lector puede formularse es, ¿hay dos Maquiavelo? No, por cierto que no. Como en toda gran obra no hay una preocupación por deslindar afirmaciones que contradicen otras. La solución se establece con el criterio de dominancia existente en el conjunto de su producción teórica. La diversidad temática de Maquiavelo no sólo es indicativa de creatividad, es también una muestra de fuerza intelectual difícil de encasillar y de adjudicarle ausencia de coherencia.

No deja de ser pertinente preguntarse en qué radica la perdurabilidad de *El Príncipe*. Lamentablemente prevalece la visión vulgar sobre lo sustantivo, ella se focaliza en la recurrente formulación: “El fin justifica los medios”, afirmación que expresamente no aparece en *El Príncipe*. Puede decirse, así ocurre, que se encuentra implícita en el

texto, que se desprende del mismo; esto remite a cuestiones interpretativas, lo que asigna más calidad heurística a las ideas de Maquiavelo. Algo similar se presenta con “la razón de estado”, nuevamente se apela al criterio de implicitud. Difícil resolver estos temas sólo por vía hermenéutica; sin dejar de lado ese cauce considerando líneas arriba, cabe agregar la perspectiva histórica y la práctica política, criterios de realidad insoslayables. No deja de ser frecuente que estos factores sean ignorados; en consecuencia, el análisis se resuelve en el marco de la lógica, importante apoyo pero insuficiente cuando los factores específicamente políticos se ignoran. Por ejemplo, se sabe que Maquiavelo trabaja políticamente su tiempo político, el que le tocó vivir, pero si no se percibe que en su reflexión, como se señaló anteriormente, subyace una dialéctica de confrontación entre la nobleza, el principado y el pueblo, el análisis queda trunco y, en última instancia se resuelve en lo formal, quedando pendiente lo sustantivo. De presentarse una situación de este orden, no alcanza a establecerse cuáles son los intereses políticos en juego, o cuáles los más importantes. El encumbramiento del príncipe no significa otra cosa que la prefiguración del Estado, instancia de orden que va a derribar las poliarquías medievales. De este modo comienza a perfilarse la distinción entre lo público y lo privado, como espacios no complementarios en tal momento histórico. El sendero feudal se transforma en camino real y el aldeano puede transitarlo sin permiso de la autoridad. La educación escapa a la buena voluntad del monje y se avanza hacia una secularización de la misma.

La economía monetaria es alentada por los comerciantes y la circulación de las mercancías alcanza otros horizontes con la apertura de nuevas rutas de navegación marítima. Colón abre el mundo con el “descubrimiento de América”; a diferencia de otros navegantes su derrotero al Oeste se apoya en los conocimientos científicos de su tiempo. Es otro renacentista; no corresponde adjudicarle responsabilidad histórica por los padecimientos de los indígenas americanos, sí cabe condenar la sangre derramada. Mientras, va asomando en los burgos una nueva clase social que ha de transformar la vida y los tiempos: la burguesía, simiente del capitalismo gestante que ha de ser realidad histórica más adelante.

EL CAMBIO HISTÓRICO

¿Qué determina que una sociedad cambie? Si uno va a responder desde nuestra tambaleante modernidad, está

obligado a considerar los aportes de Marx y Freud, sin dudar. Si se quiere responder desde el tiempo de Maquiavelo, la obligada respuesta es considerar los cambios generados en la esfera del poder, al seno de una materialidad política que se definía básicamente por la guerra; es sabida la elección de Maquiavelo por las armas propias. Su formulación de “buenas leyes y buenas tropas” es indicativa de una correlación que Maquiavelo pensó necesaria, pero lamentablemente la historia lo desmintió. Las armas en manos de los hombres fueron letales y confundieron a las mejores conciencias renacentistas. Sin abjurar, por supuesto, del humanismo de Leonardo, no puede ignorarse que diseñó máquinas de guerra. Por su lado, Maquiavelo piensa que las armas abren camino a las buenas leyes, se olvida de éstas y se enfrasca en las primeras. No ignorar que supervisaba los equipamientos militares; también que escribió *El arte de la guerra*, título que ya se había escrito en Oriente, siglos antes.

Avanzado el tiempo, el Estado moderno promulgará la ley general y abstracta, hechura compleja y oferta de posibilidades que genera condiciones para ciudadanizar la política; pero ya es época de liberales que sin denostar al príncipe lo sujetan a la voluntad contractual. Al menos en la Europa central el absolutismo monárquico ha muerto y, el pueblo desdeñado por Maquiavelo irrumpe en la escena política. El acercamiento entre Rousseau y Marx es aún tarea pendiente. La calidad de productor no se reúne con la de ciudadano; el reconocimiento formal está, mas la razón económica es sometimiento político en la sociedad de clases. Esa relación fundacional que establece Maquiavelo entre ley y tropas asume otro carácter: el nuevo príncipe reina en la fábrica sin necesariamente aparecer en el poder; se conforma la categoría de clase dominante.

La luz espiritual renacentista iluminó el arte, la belleza humana, sea en la sensualidad de las vírgenes o en la igualitaria desnudez del *David* de Miguel Ángel. La voluntad de establecer una síntesis entre la música profana y la religiosa no deja dudas de ello, son ideales de perfección, de miras superiores, inspirados en la cultura clásica griega. No están ausentes tales referencias en la obra de Maquiavelo; las ausencias son de otro orden. El Renacimiento con toda su riqueza y potencialidades no dejó de ser un movimiento elitista; sólo cubrió el desamparo de los miserables con la luz de sus ideas para forjar otro tiempo histórico. Cambian los tiempos cuando los pueblos asumen ideas que acercan la tierra a los cielos: “Pedes in terra ad sidera visus”.

VIRTUD Y GLORIA

Dijimos que no puede adjudicarse incoherencia a Maquiavelo, cabe demostrarlo. Es conocido que uno de sus personajes admirados fue César Borgia, a quien no puede considerarse un hombre piadoso, benevolente, más bien era un malvado. La admiración proviene de su calidad de conquistador, de ser propiamente un príncipe nuevo, con múltiples recursos para manejar el Estado. Aunque no llegó a consolidar la herencia de su padre, el Papa Alejandro VI, debido a su temprana muerte, Maquiavelo admira sus métodos, inclemente y negociador a un tiempo; en otras palabras, valora la eficacia política de César Borgia.

Lo señalado puede parecer contradictorio si se considera lo que plantea en el capítulo VIII, el más importante de la obra a juicio de quien escribe este ensayo. En este sentido, una cita central para valorar a nuestro autor es la siguiente:

“Verdad que no se puede llamar virtud el matar a los conciudadanos, el traicionar a los amigos y el carecer de fe, de piedad y de religión, con cuyos medios se puede adquirir poder pero no gloria.” (Maquiavelo, *El Príncipe*, cap. VIII, p. 71).

A continuación, utilizará otro ejemplo histórico, el caso de Agátocles, rey de Siracusa, quien a pesar de haber sido exitoso, “su falta de humanidad, sus crueldades y maldades sin número no consienten que se le coloque entre los hombres ilustres”, (Ibid., pp.71 y 72). En el mismo capítulo Maquiavelo habla del buen o mal uso que se puede hacer de la crueldad (“*si a lo malo se le puede llamar bueno*”, énfasis nuestro). Realmente no se trata de que haya una crueldad buena y otra mala; inclusive hablar de crueldad política choca a la sensibilidad social contemporánea. Por nuestra parte, sustituimos dicho término por violencia necesaria.

Dejando de lado hipocresías sociales, es claro que la violencia ha estado presente en la historia; los latinoamericanos sabemos de ello. El punto es encontrar condiciones para eliminarla; en esta tensión luchar por la paz es camino para eliminar la violencia; advierta el lector que se dice luchar por la paz, no rogar por la paz. Maquiavelo califica el uso de la violencia, la considera bien empleada en casos de absoluta necesidad; usada con efectividad y por poco tiempo, mejor. Al respecto, en Ernesto Guevara se encuentran ideas semejantes a las de Maquiavelo. Claro, hoy Guevara es un símbolo con mejor imagen histórica que Maquiavelo; no muchos recuerdan que era un convencido comunista. Co-



Punto de origen, acuarela y carbón sobre papel de algodón, 85 x 80 cm, 2007

responde agregar que resulta caro a nuestra subjetividad recordada a Jesús expulsando a los mercaderes del templo, a latigazos.

Si avanzamos al capítulo XVIII, a tenor de las enseñanzas de mi maestro, Jean Paul Sartre, de argumentar contra las propias convicciones, se puede encontrar a Maquiavelo en aparente contradicción con la cita del capítulo VIII, al decir:

“... a menudo para conservarse en el poder, se ve arrastrado a obrar contra la fe, la caridad, la humanidad y la religión.” (Ibid., cap. VXIII, p.134).

A renglón seguido el florentino afirma que el príncipe debe actuar con una inteligencia que le permita adaptarse a todas las circunstancias; se agrega que no debe apartarse del bien mientras pueda, pero que en caso de necesidad no debe titubear en entrar en el mal. La diferencia entre Maquiavelo y los cínicos es que mientras éstos se jactan de hacer el mal, aquél lo recomienda cuando es inevitable para

conservar el Estado. En caso de necesidad en todo silencio hay una mentira. Vivir como se piensa es manifestación de coherencia; en política, el príncipe que defiende el reino y usa legítimamente los recursos del Estado es coherente. Quebrantar la legalidad para generar un mejor orden es coherente obligación del príncipe nuevo, en aquellos y en estos tiempos.

EL MAQUIAVELISMO

En teoría política y en la realidad social el pueblo aparece como tal en el siglo XVIII; con fuerza, en la Revolución Francesa; ello permite valorarlo como categoría política de análisis, por un lado, y como sujeto histórico por el otro. Estos dos planos no están presentes en Maquiavelo; sus referencias al pueblo están preñadas de inorganicidad y son despectivas; en lo político considera “que las minorías no cuentan sino cuando *las mayorías no tienen donde apoyarse*”, (Ibid, cap. XVIII, p. 135, énfasis nuestro). Tiene una idea

prejuiciosa que despliega sin ambages; “en el mundo sólo hay vulgo”, dirá. Sus planteamientos se basan en la divulgada e incorrecta idea de la existencia de una naturaleza humana –peor aún si se la considera portadora de valores innatos– que lo lleva a decir: “el pueblo es perverso por naturaleza”. Estos señalamientos ratifican la inscripción de *El Príncipe* en el absolutismo monárquico, visto éste como instancia salvacionista del pueblo y poder necesario para lograr la unidad de Italia, cuestión ya adelantada.

La visión que se acaba de presentar no descalifica a Maquiavelo; son valores de un momento histórico que él formula sin temor. Tal vez hoy no se presenten tan abiertamente pero muchos gobernantes así lo piensan y actúan en consecuencia; no cabe suponer que, para realizar sus intenciones, hayan leído a Maquiavelo; es pertinente señalarlo por eso de los juicios y responsabilidades históricas.

En algún espacio de este escrito se habla de líneas de Maquiavelo que se leen con disgusto; ilustrarlas remite al capítulo XIX en el que Maquiavelo recomienda al príncipe actuar con corrupción si el pueblo está corrompido; las buenas acciones de nada le servirán, dice. Líneas inaceptables, sin dudar. Para los realistas políticos –medio hermanos de los pragmáticos– la obtención y conservación del poder es un bien en sí mismo. Esto es propio del pensamiento maquiavélico, interpretación vulgar que desvirtúa las ideas de Maquiavelo, sea con la ya mencionada fórmula: “el fin justifica los medios”, sea utilizando el criterio de implícitud. Aceptar la implícitud es descalificar toda la obra, a diferencia de nuestra posición que puntualiza aquellas ideas inaceptables en *El Príncipe*. Utilizar el recurso de los “puntos de contacto” con otra obra o con la realidad es un expediente fácil y riesgoso a la vez, pues se puede perder la especificidad, la sustancia, de un texto o situación analizada. El maquiavelismo se ha difundido de tal modo que llega, con frecuencia, a asumirse como la propia palabra de Maquiavelo. Injusticia o mala fortuna histórica, tal vulgarización hace de Maquiavelo uno de los autores más difundidos y peor interpretados. Restablecer la veracidad de su pensamiento es todavía tarea inconclusa.

CONCLUSIÓN ABIERTA

Sin voluntad canónica, al cierre de estas líneas la figura de Maquiavelo resulta más criticada que ensalzada; no importa, el pensamiento no puede debilitarse por la existencia de contradicciones, inherentes a lo social, a lo político, a lo cultural, a la vida misma. En todo caso, la aspiración a la

verdad queda incólume, fortalecida por la crítica, debilitada por la devoción. Si se piensa que faltan 6 años para que *El Príncipe* cumpla quinientos años, no cabe duda que la obra ha resistido al efecto del tiempo y a la malicia o ignorancia de sus detractores. También, se sostiene porque se inscribe en las alturas y miserias de la vida: la política como voluntad dialógica para el buen vivir o la destrucción de ella por la práctica innoble de los demagogos.

Un poder de más de dos mil años, la iglesia católica, cuestionada por Maquiavelo, sin autocrítica de por medio, recupera sus despojos mortales y los destina a la iglesia de Santa Croce, en Florencia, junto a los grandes de Italia; la “benemérita” sociedad civil, en gran parte ignora esto. La voluntad de permanencia en la historia se gana más con actos que con oraciones; los cadalsos siguen abiertos para gente que no sabe rezar.

Si Dante hubiera sido posterior a Maquiavelo, ¿En cuál círculo infernal lo hubiera colocado? La historia no responde con aporías, responde con aquellos que no tiemblan y defienden sus ideas con la propia vida; un magno Sócrates es ejemplo virtuoso.

Una sociedad inculta no está condenada a la extinción; la ignorancia es audaz, mas no eterna. Maquiavelo, con aciertos y errores, merece lauros históricos. Entrar a las tinieblas es fácil, salir de ellas es lo difícil. Maquiavelo y su estado –nación encendieron luces que iluminan su gloria. •

Bibliografía

- Anderson, Perry: *El Estado Absolutista*, Siglo XXI, México, 1987.
Bounarroiti, Miguel Ángel: *Saber Ver*, México, 1991, “Miguel Ángel, poeta”.
Burckhardt, Jacob: *La cultura del Renacimiento en Italia*, Vols. I y II Ediciones Orbis, Barcelona, 1985.
Curzio, Leonardo: *La razón de estado desde una perspectiva antimachiavélica*, UNAM, México, 2004.
Chabod, Federico: *Escritos sobre Maquiavelo*, FCE, México, 1987.
Heller, Hermann: *Teoría del Estado*, FCE, México, 1977.
Gautier-Vignal, Louis: *Maquiavelo*, FCE, México, 1993.
Maquiavelo, Nicolás: *El Príncipe*, La Prensa, México, 1971.
Marx, Karl: *El Capital*, FCE, México, 1984.
Procacci, Giuliano: Introducción a “El Príncipe”, Espasa, Madrid, s.f.
Strauss, Leo; y Cropsey, Joseph: *Historia de la Filosofía Política*, FCE, México, 2006.

JOSÉ MARÍA MARTINELLI. Es Profesor-Investigador Titular adscrito al Departamento de Economía en la Unidad Iztapalapa de la UAM.